

Solo como un perro

Enrique Serna

Los terrores y placeres del soliloquio, la biología de la soledad, las duplicidades, el umbral de la locura se combinan en este afilado cuento de Enrique Serna donde no puede faltar la precisión quirúrgica del humor negro.

A Michael Schuessler

*Toute solitude est un gouffre,
toute solitude est un mont.*
VICTOR HUGO

Clasificaba el nuevo catálogo de revistas extranjeras cuando entró a mi cubículo Jean Alcorta, el nuevo profesor visitante. Alto, fornido, de pelo rojizo y barba hirsuta, con vivaces ojos de ardilla y ancho cuello de pelotari vasco, sólo había venido un par de veces a pedirme libros de su especialidad, pero esta vez se apoltronó delante de mi escritorio con un vaso de café en la mano.

—Tú eres mexicano, ¿verdad? —me preguntó en un español afrancesado.

Como soy un criollo con aspecto de gringo y hasta entonces sólo habíamos hablado en inglés, la pregunta me tomó por sorpresa.

—Sí, soy de Puebla. ¿Cómo lo sabes?

—Es que la otra tarde andaba buscando libros en estos anaqueles y te oí hablando solo.

—Quizás estaba hablando con mi familia por el skype —mentí para salir del paso.

—Pues no tenías enfrente ningún ordenador —dijo en un tono ambiguo, entre acusatorio y burlón.

—Estoy un poco deprimido, y a veces pienso en voz alta —reconocí con pena, acorralado por su morbosa curiosidad.

—Yo viví en México tres años, cuando era niño, y fue la época más feliz de mi vida —Jean suspiró con

benevolencia—. Debes extrañarlo mucho, sobre todo la calidez de la gente.

—Sí, a veces la nostalgia me pega fuerte —mentí de nuevo—, los gringos son muy cerrados y aquí en Knoxville no es fácil hacer amigos.

Jean debió notar que me había puesto a la defensiva, pues aligeró enseguida el tono de la charla.

—No te preocupes, yo estoy más chiflado que tú. En el laboratorio hablo con los ratones. Son más divertidos que mis ayudantes.

Lo miré a los ojos con recelo. Se burlaba de mí, o mentía para consolarme, lo cual resultaba igualmente ofensivo.

—Tengo algo que te puede alegrar —continuó Jean, divertido por mi turbación—. ¿Has visto a las porristas del equipo de basket?

—Nunca puedo salir cuando entrenan. Estoy atado a mi despacho.

—Ayer las grabé con la camarita del teléfono, mira nada más qué bombones.

Sin esperar mi respuesta me mostró en la pantalla del celular un close up de sus traseros ondulantes.

—Las tomé con el zoom, por eso se ve un poco borroso.

Contemplé un rato el video obsceno, sorprendido por la repentina confianza que me dispensaba esa lumbrera de la biología molecular, que según se rumoraba en el campus, tenía serias aspiraciones al Premio Nobel.

Sólo un excéntrico como él podía saltarse a la torera todas las barreras del trato social en una universidad donde nadie osa tener confianzitas con desconocidos. Al parecer, yo le había caído bien por hablar solo. ¿Había reconocido en mí a otro marginal, a otro lunático emboscado?

—Ten cuidado —le advertí—, si se dan cuenta de que las grabas podrían acusarte de acoso sexual.

—Tanta represión ya me tiene hasta los cojones —Jean se arrellanó en la silla con una mueca de enfado—. El otro día una imbécil se quejó en la dirección porque según ella le estuve mirando las piernas en clase. En la Universidad de Montpellier ninguna alumna se molestaba por eso.

—Te hubieras quedado allá.

—Tengo dos hijos y aquí gano el doble que en Francia. Pero no sé si pueda aguantar mucho tiempo.

—Eso decía yo cuando llegué a la universidad y llevo seis años aquí —traté de animarlo con mi ejemplo—. Poco a poco te acostumbras a todo.

—Lo mismo dice mi mujer. Pero yo no tengo su paciencia, y a veces me dan ganas de mandarlo todo a la mierda. Tú debes comprenderme —hizo un guiño de complicidad—. Sólo un mexicano puede odiar al imperio yanqui tanto como un francés.

Yo no estoy enemistado con una nación en particular, sino con el mundo entero, pero guardé un precavido silencio para mantener la conversación en un tono frívolo. Aunque Jean quisiera intimar conmigo, no podía sincerarme del todo cuando apenas acabábamos de romper el hielo.

—Hasta pronto, Efraín —Jean se despidió con una palmada en el hombro—. A ver si un día de éstos nos echamos un trago. Creo que ambos lo necesitamos.

Cuando se fue tuve un espasmo de angustia. ¡Monólogos esquizoides en horas de trabajo! Mi esposa ya me había advertido que a veces hablaba solo en el baño, pero esto era mucho más grave, tan grave que podía costarme el empleo. Si la directora de la biblioteca se enteraba pediría mi cabeza, una dama tan estricta y ortodoxa como ella jamás toleraría un brote de locura en su equipo. ¿Habría oído ya mis delirios? ¿Cómo explicárselos sin sonar patético? No estoy loco, señora Higginson, sólo he rebasado la cuota de soledad que puede soportar un hombre. Necesito un interlocutor, alguien que me dé réplicas de vez en cuando. Sería imposible justificar una debilidad tan patética. Pero a pesar de mis terrores, el diálogo con Jean me había revitalizado. Por fin alguien se interesaba en mis problemas, y no un pendejo cualquiera. El reconocimiento de ese genio de algún modo me elevaba a su altura. Más aún, nuestra complicidad en ciernes me infundió un ánimo retador, y a la una de la tarde, cuando salí a almorzar en la cafetería, no elegí como siempre una mesa arrinco-

nada y distante del bullicio estudiantil, ni escondí la cara tras el parapeto de un libro. Sentado en mitad del comedor, observé sin embozo a los estudiantes que comían en grupos, tratando de adivinar quiénes ejercían el liderazgo en cada corrillo, pues he desarrollado un sexto sentido para detectar a los profesionales de la amistad, a los mercenarios de la simpatía que saben capitalizar el espíritu borreguil de los débiles.

Así actuaba, por ejemplo, Larry Flesher, el gigante rubio de carnes fofas y rostro cacarizo, con el tatuaje de un dragón en el brazo, que almorzaba en la mesa de junto, rodeado por un séquito de admiradores. Lo conocí cuando hizo su servicio social en la biblioteca. Echadote en los sillones mientras los demás trabajaban por él, intimidaba a los alumnos de nuevo ingreso con su afilada lengua de rapero, farfullando sin cesar obscenidades supuestamente ingeniosas, y se mofaba de los estudiantes hispanos imitando su acento de *beaners*. En la cafetería todo el mundo lo saludaba, o mejor dicho, se le cuadraba, y sus compañeros de mesa le bebían los alientos, predispuestos a celebrar su ingenio soez. Pobres idiotas, eran la clientela política de un patán engréido y él ni siquiera les prestaba atención, ocu-



Joan Miró, *Catalan Farmer Resting*, 1936



Yves Tanguy, *I'm Waiting for You*, 1934

pado en atender llamadas por el celular. Si querían gozar de su compañía, que se apuntaran en lista de espera. Presumir en todo momento el poder de convocatoria y no mendigar jamás la atención de nadie, en eso residía la clave de su éxito social. Ojalá lo hubiera sabido cuando me esforzaba por hacer amigos en la escuela, en la colonia, en la patrulla de boy scouts donde siempre me encomendaron las faenas más humillantes. No sabía ocultar mi necesidad de afecto, una flaqueza que me devaluaba frente a los demás. La estrategia de convidarles mi torta a la hora del recreo sólo me hizo fama de adulador y cobarde. Nunca pude recobrar la dignidad que perdía con cada genuflexión. Para colmo, la dislalia nerviosa me impedía charlar con naturalidad cuando lograba vencer las barreras de la timidez. Tiranuelos como Larry Flesher me cerraron las puertas de todos los clubes a los que hubiera querido pertenecer. Para eso les bastaba un apodo cruel lanzado a quemarropa, un pulgar invertido de César Romano. Tenía un borbotón de rabia coagulado en el pecho, pero con gran esfuerzo logré controlar mis cuerdas vocales. Prohibido odiar en voz alta. Si querían hincarse a los pies de un bufón, peor para ellos: yo debía observarlos callado y ecuánime, con la náusea objetiva de un entomólogo que estudia el cerebro de los insectos.

Cuando salí del restaurante hasta me di el lujo de saludar a Larry con una inclinación de cabeza. Luego caminé hacia la biblioteca silbando una tonadilla de moda, y el resto de la tarde trabajé con serenidad en el catálogo de literatura alemana. Entre libros me siento mucho más cómodo que entre seres humanos. Por la noche, cenando con Oralba, no quise comentar la conversación que tuve con Jean, aunque fuera un gran acontecimiento en mi vida. Darle excesiva importancia a ese

encuentro hubiera significado reconocer que el aislamiento crónico me duele, después de haber aparentado tantos años un glacial desinterés en el prójimo. Mi esposa me considera un ermitaño que sólo puede vivir a gusto alejado del mundo. No me necesita para hacer una vida social intensa, porque su don de gentes natural y espontáneo le ha granjeado infinidad de simpatías dentro y fuera del ambiente universitario. Recién llegados a Knoxville intentó llevarme a las reuniones de sus amigas en calidad de príncipe consorte. Anímate, hombre, me decía, algunos maridos han venido de colados y se divierten mucho. Pero yo me rehusé por una mezcla de hombría y dignidad: ¡bonito me vería mendigando las amistades de mi mujer!

Mientras acomodábamos vasos y platos Oralba deploró la mala suerte de su amiga Sharon, la secretaria del vicerrector, que tenía una hija enferma de gripe aviar.

—La niña se despertó ardiendo de fiebre y con un espasmo en los bronquios. La llevaron corriendo al Medical Center pero Sharon está muerta de miedo, porque si la niña necesita terapia intensiva, el seguro médico no le cubre todos los gastos.

—Pobre mujer —dije con aire distraído—, se va a arruinar con el tratamiento.

Oralba siguió contándome los avatares cotidianos de su vasto círculo de amigas, mientras yo le respondía con monosílabos. Hay entre nosotros un acuerdo tácito de convivencia: ella es mi contacto con el mundo exterior y sabe que sus noticieros me oxigenan el alma. Las penurias económicas de Sharon, las dietas heroicas de la afanadora puertorriqueña Fanny Ramírez, los esfuerzos de Paula Jenkins por ligarse a un profesor de literatura viudo, las caídas en la depresión de la historiadora Jennifer Allen son un alimento espiritual del

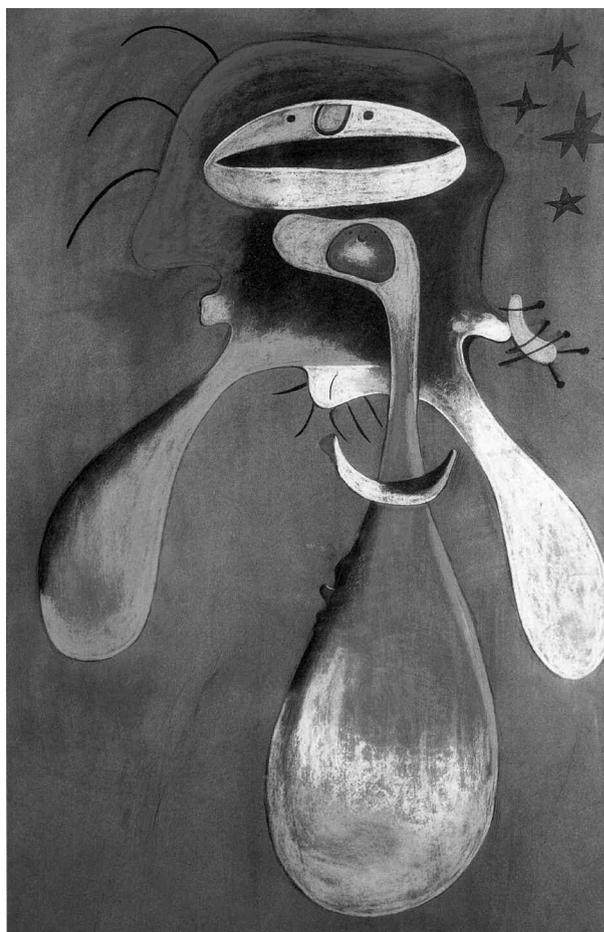
que no puedo prescindir, porque satisface mi viva curiosidad por entrar en la vida de los demás. Mi atrofiado instinto comunitario implora esas noticias para no anquilosarse del todo, pero delante de Oralba no puedo mostrar un gran interés en ellas. Si lo hiciera pensaría que soy un pobre diablo urgido de roce social y no debo permitir que me compadezca. De la compasión nace el desprecio y el desprecio es la antesala del abandono. De hecho, el temor a perderla me atormenta en algunas noches de insomnio, pues yo dependo más de mi esposa que la mayoría de los maridos. Guapa, alegre, desenvuelta, Oralba podría cambiarme con facilidad por un hombre de mundo. A veces pienso que está conmigo por una especie de apostolado, pero no sé hasta cuándo durará su abnegación.

Por la noche, mientras daba vueltas en la cama, recordé el ingenuo comentario de Jean Alcorta sobre la calidez de los mexicanos, sacado quizá de algún folleto turístico. Calidez mis huevos, pensé. ¿Qué sabrá ese franchute de nuestro carácter? La hipocresía azteca es casi perfecta, por eso nadie la descubre hasta tener clavado en el vientre un cuchillo de pedernal. Desde que salí de la universidad ninguno de mis conocidos me dio una sola muestra de antipatía o rechazo. Como ya eran personas mayores y bien educadas, habían dominado a la perfección el arte de la doblez. Lo entendí cuando tuve mi primer trabajo en la Universidad de las Américas. Era entonces un flamante licenciado en biblioteconomía y bajo la presión de mi reciente matrimonio con Oralba, me propuse cultivar amistades, o mejor dicho, intenté sembrarlas. A la celebración de nuestro primer aniversario de bodas invité a un grupito de colegas de la carrera y a cinco o seis compañeros de trabajo. No había entrado en confianza con ninguno de ellos, pero estaba proponiéndoles un acercamiento, como un embajador de buena voluntad. Para mi gran sorpresa todos aceptaron. Quería ser un buen anfitrión y Oralba se lució preparando un regio platón de bacalao a la vizcaína. Las botellas de Paternina blanco me dejaron en quiebra, pero no reparé en gastos con tal de agasajar a mis invitados. A las nueve de la noche comenzó a repiquetear el teléfono. Fíjate que surgió un imprevisto y no vamos a poder ir. Mi suegra se enfermó y resulta que no tenemos con quién dejar al niño, estoy apenadísimo. Malas noticias: Juan tuvo que salir a Querétaro por broncas de su oficina, nos moríamos de ganas de ir a la cena, pero ni modo de ir yo sola. ¿Qué crees, mano? Ya íbamos de salida para allá cuando tronó el carburador de mi coche y ahora estoy aquí parado esperando un mecánico. Lo siento, Efraín, me temo que esto va para largo.

Hijos de puta, si me repudiaban como amigo, ¿por qué aceptaron la invitación? Para evitarse la pena de soltarme un *no* a bocajarro, me cancelaban a última

hora con excusas de una falsedad impecable. Acabamos cenando con otros dos matrimonios invitados por mi esposa, en una atmósfera de responso fúnebre. Ni siquiera pude reclamarles el desaire porque en esos casos, la cortesía mexicana prohíbe los brotes de indignación. Si me enojaba, peor para mí. ¿Acaso no entendía los valores entendidos del trato social? Eso me sacaba por invitar gente a mi casa sin un cortejo previo y prolongado. ¿Pero acaso no era mi invitación una muestra de simpatía? Lo era, sin duda y ellos lo sabían. Sólo que al tratar de romper el turrón con esos extraños, había puesto en evidencia la precariedad de mi vida social. Si necesitaba recurrir a ellos para una celebración íntima, quería decir que no tenía un círculo de verdaderos amigos. Esa confesión implícita me colocaba automáticamente en el bando de los perdedores, donde ahora milito con orgullo. En México me hicieron el vacío con finos modales, aquí de frente y sin disimulos. Salvo el coctel anual del personal administrativo en el Senior's Hall, no tengo ningún contacto informal con el prójimo donde pueda escapar de mí mismo. Pero de un rechazo a otro, prefiero mil veces el de los gringos. Su indiferencia equivale a una declaración de guerra, y esa hostilidad tiene la virtud de picarme la cresta, de incitarme al combate con pulsiones eléctricas.

Una semana después, cuando ya creía que Jean Alcorta se había olvidado de mí, se apareció en mi cubículo como a las seis de la tarde, vestido con una larga



Joan Miró, *The Lovers*, 1934

camisa hindú verde perico, sandalias de cuero y un collar con dijes esotéricos. Era un iconoclasta sesentero trasplantado en el túnel del tiempo al siglo XXI. Me dijo que había enviado el video de las porristas a todo el personal académico de la universidad, escudado en un email falso, y celebró la travesura con una risilla infantil. El ruido molestó a mi jefa, que ocupa el cubículo de enfrente y se asomó por el quicio de la puerta.

—Silence, please, this is a library.

Enjuta, blancuzca, de labios mezuquinos y rala cabellera castaña, la señora Higginson nos reprobó con sus ojos perspicaces de prefecta escolar. Jean me estaba metiendo en problemas pero no pude reclamarle nada. Al contrario, los dos nos burlamos de la directora imitando sus muecas. Me comportaba como un niño débil arrastrado a la anarquía por la oveja negra de su clase. Jean se acercó en actitud de conspirador y me dijo en voz baja:

—Teníamos pendiente un trago, ¿te acuerdas?

Oralba se quedó muy sorprendida cuando le avisé que me iba de copas con un amigo, un hecho insólito

en mi vida de solitario, y tardé un buen rato en explicarle cómo había conocido a Jean. ¿No será que te enredaste con una tipa?, preguntó con recelo. ¿Cómo crees, mi amor? Cuando quieras te lo presento, es un tipo a toda madre.

El bar Joe's hervía de estudiantes posgraduados, maestros y oficinistas sedientos que miraban en las pantallas gigantes un partido de la NBA, coreando las jugadas a gritos. Nos dieron una mesa rinconera, lejos de las pantallas, y pedimos dos escoceses con soda. Jean me habló con nostalgia de su feliz juventud en Pau, una pequeña y encantadora ciudad de los Pirineos Atlánticos. Los ojos le brillaron al evocar el olor balsámico de los abetos, el cegador reflejo del sol en la nieve, el vértigo de esquiar cuesta abajo en las faldas de la montaña. Lástima que a los treinta años se hubiera roto una pierna por una mala caída. Desde entonces sólo hacía pesas en el gimnasio y no muy seguido, por eso estaba poniéndose tan blandengue.

—Pero cuéntame algo de tu vida. ¿Qué haces aquí, además de hablar con las paredes?

Ignoré su sarcasmo con una sonrisa forzada.

—La soledad no me molesta, es más, la disfruto. Soy como un Robinson Crusoe rodeado de libros. Por suerte me gusta lo que hago. Mi jefa es una tipa gruñona, ya la viste, pero está contenta con mi trabajo.

—Acuéstate con ella y verás cómo deja de gruñirte.

—Soy un monógamo fiel y anticuado. Jamás he tenido una aventura. Me sentiría ridículo con otra mujer.

Le confesé que ni siquiera había tenido valor para conquistar a mi esposa. Diez años atrás, en una tarde lluviosa de julio, cuando salimos juntos de la academia de yoga, Oralba había tomado la iniciativa y me pidió que la acompañara con el paraguas hasta su casa.

—Sí, claro, las mujeres siempre nos seducen. Yo tampoco hice nada para conquistar a Florence. Me distraje un momento y ya la tenía metida en la cama.

Brindamos por la astucia de nuestras violadoras entre risotadas machistas y fanfarronas. Libre de mi personalidad defensiva, que dejé caer al suelo como una molesta botarga, me atreví a despotricar contra el mundillo académico, en el que tantos egos arrogantes me han pisoteado.

—En esta meritocracia sólo triunfan los trepadores, los que saben halagar al superior citándolo en sus trabajos, aunque digan puras estupideces. Cuando tengo que archivar una tesis de doctorado pienso: otro baúl de citas ¿nunca van a tener una idea propia?

Jean coincidió conmigo en que el plantel de profesores estaba lleno de charlatanes, a los que ridiculizó con frases lapidarias. Tuve una oleada de gozo cruel, como si Jean y yo, apostados en un árbol, hubiéramos descalabrado a varios enemigos tirándoles piedras con resortera. Cuánto me habría gustado tener un compin-



Yves Tanguy, *A Large Painting which Represents a Landscape*, 1927

che así en la Secundaria. La fraternidad existía, no todo era falso y ruin, si en ese momento me dejaba caer, Jean estaría debajo con los brazos tendidos. Pero en ese momento alguien lo llamó desde una mesa lejana.

—Perdona un momento, ahora vengo.

Jean se dirigió a un corrillo formado por un par de profesores maduros, dos estudiantes de posgrado con ropa deportiva y una morena de buen palmito. No alcanzaba a distinguirles las caras desde mi mesa, pero como saludó a todos efusivamente, deduje que eran colegas suyos del área de ciencias. Al parecer él no era un lobo solitario, o al menos, no tanto como yo. El descubrimiento me decepcionó, pues mellaba un poco nuestra hermandad incipiente. Hubo un estallido de risas en la mesa, provocado quizá por algún comentario de Jean. Los que estaban de espaldas voltearon a verme y creí ser el blanco de sus burlas. Jean me llamó desde lejos con una seña, en la madre, quería que me integrara al grupo. Acudí al llamado con las corvas trémulas y las manos húmedas de sudor.

—Les presento a Efraín, un amigo mexicano.

Jalaron dos sillas para acomodarnos en la mesa, pedimos al mesero que trajera nuestros vasos y cuando me senté en la esquina opuesta a la de Jean (una posición muy desventajosa para participar en la charla), comprendí que mi amigo se había unido al grupo atraído por la guapa morena de lánguidos ojos y senos turgentes que lo miraba con viva curiosidad, mientras mordía la aceituna de su martini seco. Una tentación muy fuerte para un mujeriego como él, pero ¿no habíamos venido a charlar en privado? ¿Por qué me obligaba a departir con extraños? Los dos profesores de edad madura, el calvo seboso Peter MacBride y el negro jamaicano Martin Cummings, —viejos conocidos míos, a quienes he atendido muchas veces en la biblioteca, sin cruzar palabra más allá de lo indispensable— felicitaron a Jean por una reciente aportación científica imposible de entender para un lego como yo.

—Después de esto no te pueden negar el Nobel —comentó MacBride—. Le cerraste la boca a todos los escépticos que te habían atacado.

—Pero tengo muchos enemigos en la academia sueca, no creo que me tomen en cuenta. Para ganar el premio hacen falta buenos padrinos —Jean se volvió hacia a la muchacha—. ¿Y tú también eres bióloga?

—Estoy terminando el doctorado —la morena sonrió con coquetería—. Soy ayudante de investigación en el departamento de Genética.

—¿Y cuál es tu especialidad?

—Animales transgénicos.

Se trenzaron en un animado diálogo científico, ignorando al resto de los presentes. Como los otros profesores conversaban por su lado sobre las rebatiñas políticas para obtener un fondo de investigación, me

quedé aislado y expectante, implorando con la mirada unas migajas de simpatía. Por supuesto, nadie me las arrojó. Yo era un oscuro bibliotecario que no tenía derecho a inmiscuirse en ese cenáculo de espíritus superiores. Para colmo, la velocidad con la que hablaban en inglés me excluía por completo de la charla. Bebí tres sorbos largos de mi trago con la mirada fija en los cubos de hielo. Jean hacía reír a la genetista, MacBride y Cummings tramaban una conspiración burocrática para obtener el subsidio en disputa, los alumnos de posgrado veían en silencio el partido de basket. Después de un largo titubeo me atreví a comentar:

—Los Lakers están imparables, ¿verdad?

No se dignaron responder ni voltearon a verme. Casi los admiré por declararme su desdén con tanta franqueza. Reprobaban sin duda mi falta de tablas para el small talk, una disciplina que jamás he dominado, ni siquiera en español. Más que la humillación, me dolió su notoriedad: estaba siendo anulado como persona a la vista de todo el mundo y ni siquiera podía murmurar una queja. Imploré a Jean que me introdujera en su charla con la morena, pero él no podía quitarle los ojos del escote. Lo maldije por haberme sacado de mi cárcel de alta seguridad. ¿Qué necesidad tenía yo de exponerme a eso?

—Ahora vengo, voy al baño —murmuré entre dientes.

Al doblar la esquina de la barra me deslicé hacia la salida del bar con largas zancadas de prófugo, sin volver la vista atrás, por temor a que Jean descubriera mi huida. Sólo me faltaba que intentara evitarla, y quisiera introducirme a la fuerza en un círculo donde a todas luces salía sobrando. Caminé un rato por la zona comercial del centro, ardiendo de indignación y despecho. En esas condiciones no podía volver a casa: se me notaría el coraje y tendría que dar explicaciones a Oralba. De manera que entré en un bar semivacío, el Silver Bullet, para reponerme del golpe sin testigos incómodos. Era un antro adornado con escopetas y trofeos de caza, donde tocaban música country. Las meseras altas y rubias con escuetas faldas vaqueras debían atraer a la clientela masculina a horas más altas de la noche, pero en ese momento sólo había en la barra una pareja de rednecks tomando cerveza. De cara contra una pared en la que colgaban cabezas disecadas de alces y búfalos, traté de poner en orden mis sentimientos. No me dolía el rechazo de los demás, estaba furioso por necesitarlos. Cuando casi había conquistado una perfecta autosuficiencia, Jean había venido a debilitarme. Pero acababa de pintarle una raya muy clara. Yo no era un pelele a quien pudiera colocar en situaciones embarazosas, no, señor. La soledad asumida me daba un poder de exclusión que ninguno de ellos tenía. Recordé los berrinches que hacía de niño cuando arrojaba la raqueta a los con-

trincantes que me vencían en los partidos de ping-pong. A pesar de los castigos y las palizas que me propinaba mi madre, yo re incidía en los berrinches de mal perdedor y ella me gritaba en medio de las tundas: ¡con ese orgullo te vas a quedar solo como un perro! Una profecía cumplida al pie de la letra, pues con tal de evitar los rechazos y las derrotas, los inevitables riesgos de confiar en el otro, acabé prefiriendo no competir, observar a mis congéneres desde la posición defensiva y lejana de otra especie zoológica. Jean era el amo que me había acariciado la espalda, pese a la suciedad de mi pelaje callejero, y yo acababa de morder su mano al salir intempestivamente del bar. Era natural que ahora me mandara a la mierda, pues nadie quiere ser amigo de un neurótico tan vulnerable. Pero no estaba arrepentido por haberle arrojado la raqueta a su camarilla de aduladores. ¿Cómo podía defenderme de un ninguneo tan brutal?

De vuelta en casa, oculté a Oralba cómo había terminado mi velada con Jean y respondí a sus preguntas con evasivas. Nos acostamos a las once, como todas las noches, y vimos en la tele el resumen noticioso de la CNN.

—En un pueblo de Siberia, la policía descubrió a una niña abandonada que vivió cinco años entre perros y gatos. Natasha, mejor conocida como la pequeña Mowgli, emite aullidos cuando tiene hambre y se lanza contra las puertas como un cachorro. Al parecer



Alberto Giacometti, *Seated Man*, 1949

tiene atrofiado el don del habla, por no haber tenido contacto con el género humano. Las autoridades buscan a los padres de la niña salvaje, que al parecer vivían bajo el mismo techo, pero jamás se ocuparon de ella.

—¡Por Dios! ¿Cómo puede haber gente tan mala? —gritó Oralba.

Envidié en secreto el coraje de Natasha. Estaba sola, sucia, andrajosa, pero en el fondo de sus ojillos grises ardía el fuego sagrado de la libertad. Soberana de sí misma, nadie le había impuesto reglas de conducta ni de sintaxis. Jamás vi tanto poderío concentrado en una sola criatura. Creo que de algún modo la pequeña Mowgli me contagió su ferocidad, pues unos minutos más tarde, cuando Oralba se levantó al baño, el vaivén de su culito alzado me puso cachondo y le hice el amor con la rabia de un mastín siberiano.

Pasaron dos meses, el invierno cubrió de nieve los prados del campus y Jean no volvió a pararse en mi cubículo. Me dolía por supuesto haber tirado por la borda su amistad, pero no me anduve con lloriqueos. Las heladas de enero favorecieron mi repliegue interior. Las blancas arboledas que recorría en el coche de camino a la biblioteca eran un fiel espejo de mi orfandad. Pero la orfandad es un estado de pureza, y aunque la mía me doliera no quise contaminarla llorando en el regazo de Oralba. Para pasar inadvertido en la biblioteca y neutralizar las agresiones potenciales de los demás, sólo tenía que vigilar al máximo mis cuerdas vocales. Amenazado por la cercanía de Mrs Higginson, que no tenía ningún motivo de queja en mi contra y sin embargo me espiaba a hurtadillas, como si buscara sorprenderme en falta, procuraba trabajar con las mandíbulas trabadas, sujetando entre los caninos las palabras que pugnaban por salir de mi boca. A pesar de tener su despacho a seis metros del mío, Mrs Higginson me daba todas las órdenes por correo electrónico (de ese modo dejaba constancia de mis deberes, para poder reportarme a la dirección si los incumplía) y ninguno buscaba el menor acercamiento con el otro. Cuando me la encontraba en la máquina del café recurría siempre al mismo tópico para romper el silencio: los embudos de tráfico en el freeway Norris. Aunque charlaba con aplomo y naturalidad, su sonrisa de circunstancias tenía un sesgo condenatorio, como si reconociera en mí a un misántropo agazapado. ¿O tal vez le atribuía ese don adivinatorio por su notable parecido físico con mi madre?

Como los monjes tibetanos, de tanto mirar hacia adentro había llegado a un estado de embriaguez mística. Después de todo, la soledad es una comunión con el cosmos, una fuga hacia adelante que purifica a la vez el espíritu y el instinto. Reconcentrado en mis apetitos primarios, disfrutaba la comida y el sexo sin la molesta vigilancia de la razón. Varias veces Oralba me sorpren-

dió olisqueando las pantaletas que dejaba colgando en la regadera, comiendo sin cubiertos, orinando en el lavabo, rascándome los huevos frente al espejo. Victorioso, erecto, desinhibido, cuanto menos me ocupaba de la humanidad circundante más cerca estaba de mi yo profundo. Una noche, cuando digería el roast beef de la cena tumbado en el sofá de la sala, volví el estómago por un impulso inconsciente y descubrí los encantos de la bulimia. ¡Oh, placer de dioses! Rumiar la comida que me sacaba de las entrañas significaba trasladar a un plano fisiológico el reciclaje obsesivo de mis pensamientos. Comía y hablaba a espaldas del mundo, en un perpetuo reflujo de palabras y sabores, pero no me consideraba por ello un salvaje, sólo un crítico radical de la civilización. De la soledad extrema puede brotar una bulimia del alma, una depuración contemplativa del intelecto que tal vez pueda atrofiar la afectividad, como se atrofia la circulación sanguínea en una vena con trombosis múltiple, pero ennoblece a cualquiera que haya dominado sus ansias de compañía.

Me hallaba en la plenitud de mi felicidad egoísta, es decir, con la angustia sublimada hasta el delirio, cuando recibí la tercera visita de Jean Alcorta. Entró sigilosamente a mi despacho cuando trabajaba en la computadora y me dio un buen susto zarandeándome por los hombros.

—¡Sorpresa! Vengo a invadir tu cueva de anacoreta.

Por instinto defensivo di un salto que le arrancó una risotada.

—¿Cómo has estado, hermano? Seis meses sin saber nada de ti.

Había engordado un poco y ahora la panza presionaba los botones de su camisa. Tenía la tez colorada como un camarón, la sonrisa franca de un montañés, las facciones distensas de un hombre que duerme bien.

—Aquí, trabajando como siempre. ¿Y tú? ¿Cómo te fue aquella noche en el bar? ¿Te ligaste a la muchacha?

—No, resultó fiel a su novio. Perdona que me haya pasado a la mesa de esa gente, pero no me pude negar. Comprendo que te hayas sentido mal entre tanto desconocido.

Una excusa demasiado tardía, que denotaba menosprecio y falta de tacto. Pero no le quise dar el gusto de respirar por la herida.

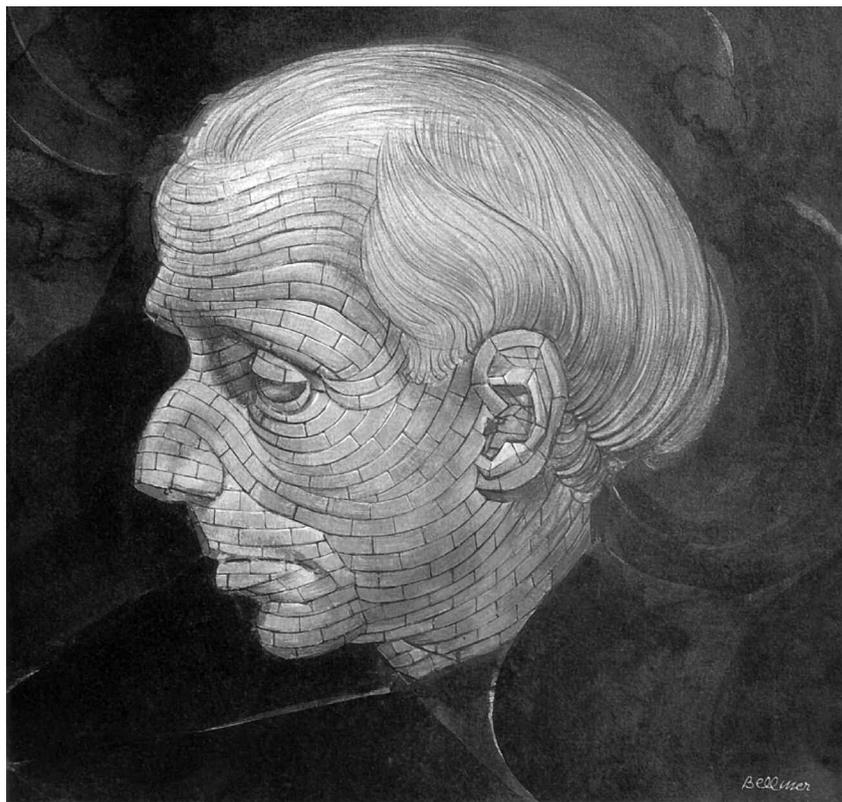
—Estaba un poco engentado, eso fue todo.

—¿No hard feelings?

—Claro que no —mentí con énfasis—. Yo no me enojo por tonterías.

—Me alegra mucho, pues eres un tipo a quien respeto de verdad.

No había en su voz un tono de burla y sin embargo sospeché que me estaba usando como objeto de estudio, para observar la conducta de un ser humano en aislamiento absoluto. Sólo le faltaba inyectarme un se-



Hans Bellmer, *Max Ernst au Camp Des Mille*, 1940

dante en vena y guardarme en una jaula de vidrio, junto con sus ratones de laboratorio.

—Y tú cómo has estado —pregunté, incómodo por su elogio—. ¿Ya te adaptaste a este maldito pueblo?

—Adaptarme del todo no, pero trato de aprovechar lo bueno que tiene. Disfruto mucho los bosques de los alrededores. Sobre todo ahora que está empezando la primavera.

—Cuando llegamos a trabajar acá, Oralba y yo nos íbamos de camping los fines de semana —comenté—. Hay paisajes maravillosos y nos encantaba darle de comer a los ciervos.

—Pues si les gusta el campo te propongo un plan. Nosotros estamos alquilando una cabaña en Great Smoky Mountains. ¿Por qué no vienen a pasar con nosotros el fin de semana?

Temo haberme ruborizado de entusiasmo, pues llevaba años esperando una invitación así. Jean había comprendido que yo no era un vulgar compañero de farras a quien se puede relegar a segundo plano, y en desagravio, me proponía estrechar nuestra amistad con una larga convivencia entre matrimonios. Hay muchos temas de los que un hombre no puede hablar con su esposa. Mientras cortáramos leña y paseáramos por la orilla del lago, enfrascados en animada conversación, podría compartir al fin el cúmulo de opiniones, ocurrencias y bromas que se me habían enmohecido en la boca por falta de un oído amistoso, con la certeza de encontrar una réplica inteligente. Por lo visto, mi largo silencio me había valido el respeto de Jean. Como después de su desaire en el bar yo no lo había buscado, como le demostré que podía

prescindir de su amistad, ahora venía a reanudarla, impresionado por mi honorable conducta.

—¿Tienes espacio en la cabaña para cuatro personas?

—Sí, claro, es muy amplia, además hay unas hamacas estupendas y un bote para remar en el lago.

Oralba estaría encantada de pasar el fin de semana con ellos y di por seguro que haría buenas migas con la mujer de Jean. Pero de pronto advertí en el francés una mirada de misericordia que me lastimó en carne viva. Tal vez su mano tendida no fuera sino un gesto caritativo y condescendiente. Quizá venía a rescatarme de la incomunicación y la soledad porque estaba preocupado por mi salud mental. Pensaría que estaba desmoronándome de tristeza, con un hervidero de monólogos en las meninges. Seis meses después de haberme puesto en ridículo, se presentaba muy campante para invitarme a su cabaña como si acabáramos de vernos ayer. Me pregunté cómo se tomaría esa inesperada reaparición una persona normal y aceptada en la sociedad. Poniendo quizás una cara de extrañeza que denotara el enfriamiento natural de la relación. Jean creía que un pobre diablo como yo no se podía dar esos lujos, y por eso regresaba a mi vida muy quitado de la pena, tronándome los dedos con aires de gran señor: prepara las maletas, que nos vamos a la cabaña, pero pícale, cabrón. Por amor propio, yo debía demostrarle que mi soledad era un destino elegido, no un castigo impuesto por los demás. Por fidelidad a mis principios tenía que sacar la casta en ese momento de prueba.

—¿Entonces qué? ¿Vienen al bosque?

—Sí, claro, dime en dónde nos vemos.

Hubiera sido más decente, sin duda, rechazar de entrada la invitación. Pero quise darle un ejemplo de la proverbial calidez mexicana, y el viernes a las cinco de la tarde, minutos antes de la hora fijada para la cita, cuando seguramente ya se había surtido de bebida y comestibles, lo llamé para decirle que la noche anterior había pescado una infección de garganta, y como tenía treinta y nueve de fiebre, nos resultaba imposible pasar el fin de semana con ellos.

—Lo lamento de veras, Oralba y yo estábamos muy ilusionados de conocer tu cabaña.

Ni siquiera intenté carraspear, quería que se notara la falsedad de la excusa. Gocé intensamente su decepción, el largo silencio dubitativo en el que tal vez reprimió una mentada de madre y las frases cortantes de su gélida despedida. Mareado de orgullo, bebí un trago largo de Jack Daniels a pico de botella. Mi victoria sobre Jean me colocaba muy por encima de las miserias humanas, en la cima nubosa de un acantilado, y la intensidad del vértigo me provocó una violenta descarga de adrenalina. Desde entonces no soy el mismo. Manejo con exceso de velocidad, escupo en las macetas, miro a la señora Higginson en actitud retadora, odio abiertamente a Larry Flesher y el otro día lo empujé adrede en el pasillo del comedor. Sólo nubla mi triunfo una vaga inquietud: esta mañana Oralba me dijo muy preocupada que anoche me oyó ladrar en el baño. **U**



Francis Bacon, *Figure at the Base of a Crucifixion*, 1944



Yves Tanguy, *Hope at 4:00 am*, 1929